

ESTUDIOS DE VIAGES.



Las cascattas del Tivoli.

LAS CASCATELLAS DEL TIVOLI EN ROMA.

Estando en Roma no hay nadie que no haga una expedicion para ver las cataratas del Tivoli. Nosotros, pues, he-

SEGUNDA SERIE.—1886

mos ido tambien á visitar esta maravilla de la naturaleza. Alquilamos por todo el día una ancha *carroza*, cuyo automedonte fué tanto mas exacto cuanto que se trataba de una *bona mancia*, propina, para que lo entiendan nues-

AÑO XIV. 19

tros lectores; y á las seis de la mañana dos caballos como dos galgos nos hacían pasar por el *Forum*.

Acababa de levantarse el sol, é iluminaba espléndidamente aquella plaza, el antiguo salón del mundo, que de todos sus templos, de todos sus monumentos, de todas sus estatuas, de todas sus basílicas resplandecientes de plata y oro, solo ha conservado tres columnas desquebrajadas, y un estanque de mármol, donde van á beber los búfalos!

¡Oh, nada de los esfuerzos del hombre para inmortalizar su orgullo en sus obras! ¿Dónde están aquellas columnas rostrales desde lo alto de las cuales peroraba Cicerón? ¿Dónde la *curia Hostilia*, que abría al senado ocho puertas inmensas sobre nueve columnas del orden dórico?... ¿Dónde está el lago de *Juturno*, el *Miliario de oro*, la *Loba de bronce*, y la estatua de la *Victoria*? ¡Ay! Por mucho que mirásemos en lo pasado, aquel rincón de tierra estaba desnudo, desierto. Inflexible realidad disipaba nuestro sueño. En lugar de aquella multitud patricia, con la toga con franjas de púrpura, de cónsules con sus fascas adornadas de laureles, de emperadores sobre su carro de marfil, no veíamos mas que los carreteros de San Lorenzo en *Miranda*, construyendo sus groseros arados, y las mendigas de la *salita de Marforia* tendiendo sus harapos al pie del Capitolio.

En la desembocadura del arco de triunfo de Tito, nos aguardaba otro cuadro moderno. Alrededor del esqueleto de la *Meta sudante* (1) estaba sentada una veintena de soldados franceses jugando á las cartas con unos pilluelos romanos entre el Coliseo y el arco de Constantino.

Saludamos al pasar aquel magnífico Coliseo, el mas imponente monumento que tuvo jamás el mundo, aunque los bárbaros de la aristocracia romana hayan derribado la mitad; y un cuarto de hora despues llegabamos á la *puerta de San Lorenzo*, llamada en otro tiempo *Tiburtina*, porque era la puerta que dirigia y llevaba á *Tibur*, hoy *Tivoli*.

Aquella puerta fué una de las bellas arcadas del acueducto de las aguas *Marcia*, *Tépula* y *Julia*. Sobre su coronamiento, inscripciones medio borradas atestiguan las reparaciones que sucesivamente hicieron en aquel acueducto Augusto, Tito, y Caracalla. Mientras un anticuario con quien íbamos se esforzaba en descifrarlas, otro me dió con el codo señalándome un *contadino* que besaba devotamente una cruz grabada en el pilar derecho de la bóveda.

—¿Qué hace ahí ese aldeano? dije yo al cochero.

—Gana las indulgencias, *signore*.

Cuatro millas mas lejos se encuentra el *Anio*, el fresco Anio de Horacio y de Tibulo, que se llama al presente *Teverone*. Lo pasamos por el puente *Mammolo*, edificado por *Mamma*, la madre de Alejandro Severo, arruinado por los bárbaros, y reconstruido por Narsés. De aquel puente histórico hasta la *torre de Meza-via* (medio camino), es decir, durante ocho millas, se atraviesa un país salvaje, desierto, y de aspecto feroz como un paisaje del Dominiquino. A aquellos cañaverales tan alegres y tan verdes que ondulando á todas horas hacen un suave ruido, y que ocupaban ambos lados del camino, han sucedido los es-

pinos y los cardos. No hay vestigio alguno de cultivo. De distancia en distancia algunas barreras, algunas piedras primitivas, dibujan groseramente los cercos donde pastan búfalos, bueyes, y esos desventurados caballos de la campaña romana condenados á nacer, á vivir, y á morir al aire libre. De distancia en distancia se elevan aqui y alli antiguos sepulcros; las ruinas de una parada ó de una torre; cruces, que cada una recuerda un asesinato, y ruinas de muros cubiertos de yedra. Despues, cual último testimonio de la grandeza de Roma, los acueductos del antiguo Anio, y del agua *Marcia*, *Tépula*, y *Julia*, desarrollan hasta perderse de vista á derecha y á izquierda sus líneas monumentales, y sus arcos enrojecidos por el sol.

Segun el uso establecido desde tiempo inmemorial por los *carrozzeri*, nos paramos para dejar refrescar á nuestros caballos en la persona de su conductor en la venta de la *Mezza-via*. Allí cayó sobre nosotros en un momento una bandada de mendigos. Cada uno al tender la mano enumeraba con calor los derechos que creía tener sobre nuestros bolsillos; pero el mas importuno, el mas alborotador era sin disputa un viejo, que con su buena traza, ante Dios y ante los hombres un tribunal no hubiera dejado de condenar á presidio. Tuve la curiosidad de enterarme de los títulos que alegaba para solicitar nuestra compasión.

—¡Ah *signor*! me respondió el cochero con un aire de convicción: jamás podreis colocar mejor vuestros *cuatrini*. *Giovanni* es un buen hombre, y el mas desgraciado de todos.

—¿Cuatro balas, *signor*, exclamó el anciano, cuatro balas á boca de jarro que me han roto los brazos!

—Y no puede ganar ya su vida, aullaron los demas en coro.

—¿Qué oficio tenia? le dije yo al ventero, que con su sombrero en la mano apoyaba con la cabeza y con la voz.

—Andaba á la *Maechia*, *signore*.

—¿Quereis decir que era ladrón?

—Si, en efecto; así los llamais á esos pobres desterrados.

—De manera, dije yo haciendo un guiño, que algunas de esas cruces que acabamos de ver....

El posadero me respondió como un hombre entendido con el mismo gesto.

—Basta, caballeros, exclamé yo: este es un honrado bandido que ganándose lealmente su vida en el camino real ha tenido la desgracia de sacar los brazos rotos. No puede despojar á los viajeros ni asesinarlos; así me parece muy justo que se le indemnice de la pérdida de su oficio y le concedamos un socorro.

Fué adoptado en medio de carcajadas mi parecer, y cargados de las bendiciones y de las gracias de la noble población de la torre de la *Mezza-via*, echamos á andar á todo galope.

Corrían los caballos por el antiguo empedrado compuesto de adoquines de una lava basáltina. No habíamos visto á nadie ni delante ni detrás de nuestro coche. Júzguese, pues, de nuestra sorpresa general, cuando al llegar al puente de *La Solfatara*, situado á dos millas de distancia de la torre de la *Mezza-via*, hallamos allí á todos los desarraigados de la venta con el inválido bandido á la cabeza.

(1) O fuente donde en su tiempo se lavaban los gladiadores del Circo, que salían llenos de fatiga y de sudor.

Creíamos que habíamos dado en una gazapera, era una especulación. Mendigos en la parada, aquellas buenas gentes eran mercaderes en el puente del *Lago de Tartres*, y nos habían adelantado por atajos conocidos de ellos, para vendernos yerbas, arbustos, cañas petrificadas por aquellas aguas de un azulado sombrío que Strabon y Marcial llamaban *Albule*. Desgraciadamente no les salió la cuenta á nuestros hombres: exhalan aquellas aguas y el lago un olor tan pestífero que por todas las petrificaciones del universo no nos hubiéramos parado allí cinco minutos.

Preciso le fué, pues, al *carroziere*, que puso mal gesto cual si estuviese interesado en la especulación, seguir adelante hasta el *Ponte Lucano*, donde había sido el ajuste detenernos.

Uno de mis compañeros, queriendo sacar la vista de aquel punto, hizo alto debajo de unos álamos al lado de un sepulcro construido en forma de rotunda, de la familia *Plautia*, y mientras nuestro aficionado dibujaba, un anticuario alemán copiaba el elogio mortuario de una familia de la que uno de sus miembros, Tito Plautio Silvano, tuvo el honor de acompañar al emperador Claudio á Inglaterra. Me preguntó si yo había visto en Roma en el palacio Doria la vista de aquel puente ejecutada por el Pousino.

Respondí afirmativamente.

—¿Y qué le parece á vd. aquel cuadro? añadió con una voz y acento venecianos.

—Admirable, y sobre todo lleno sentimiento.

—Es un cuadro que me encanta. ¿Y sabe vd. por qué?

—No: ¿por qué?

—Porque ese cuadro fué compuesto en uno de esos momentos que deciden de la felicidad de la vida.

—Hágame vd. el favor de contarlo.

—Pues señor, hace doscientos veinte y cuatro años que en una mañana semejante á esta, un hombre, joven todavía, pero pálido por los disgustos, la miseria y las vigillas, trabajaba delante de un caballete en el lugar donde nuestro compañero está dibujando ahora. Después de haber hecho el boceto de su cuadro con esa fogosidad que hacia decir á Marini, *ecco un Giovanni che ha una furia di diavolo*, se echaba atrás para juzgar el efecto, cuando una especie de mendigo cubierto con una capa ajada, y lleno de polvo, llegó á pasar á su lado, y apoyándose sobre su palo se puso á considerar atentamente aquel lienzo. A medida que lo examinaba tomaba su rostro una expresión tan extraña, un desden tan amargo contraía sus labios, que indignado el joven artista le preguntó qué encontraba de malo en su cuadro.

—El don mas fatal que Dios puede hacer á un hombre, respondió el pasajero con voz sorda, ¡el genio!

—¡El genio! exclamó Pousino, porque era él, con la frente radiante de alegría.

—¡Desgraciado! replicó el desconocido; cesa de aplaudirte por ese funesto presente: es el fruto del árbol maldito, que mas valdria que el que le coge muriese al venir al mundo....

—Cada cual tiene su tarea en el mundo, dijo Pousino con un tono tranquilo. Yo conozco que he nacido para pintar, y pintaré en tanto que me obedezca la mano.

—¿Veis aquel segador encorvado sobre su hoz, y cuya frente está hecha un río de sudor? Esa es la imagen de tu vida. Los moscones que zumban alrededor de su cabeza

las víboras que pisa á cada paso, y que se enderezan para morderle, tienen agujoneros menos crueles y venenos menos peligrosos que los enemigos que se ven zumbando y arastrarse al rededor del genio. Tus rivales le destrozarán; tus inferiores se esforzarán en rebajarte para tenerte á su nivel: tus contemporáneos pasarán desdeñosos, envidiosos delante de tu gloria. Si haces una obra inmortal, la ocultarán inmediatamente detrás de una obra mediana, y con la cabeza llena de fuego, los pies con sangre, la muerte en el corazón te será preciso, como al judío de la leyenda, caminar adelante, caminar siempre hasta el sepulcro, y no tendrás por precio de tus sudores y de tus dolores ni el negro pan ni el descanso que el segador encontrará esa noche bajo su rústico techo.

—¡Maestro! exclamó el Pousino llorando, decidme vuestro nombre.

—Mi padre, respondió el anciano con voz conmovida, se llamaba Zampieri: mi madre me llamaba *Domenico*; y los romanos me llaman el *Domenichino*....

—¡El *Dominiquino*! el autor inmortal de San Gerónimo, y de tantas obras maestras!

—Sí, dijo en voz baja, *Domenichino*, que viene á Tivoli á pie, porque no tiene un *sequin* para pagar su asiento, y que va á encontrar á monseñor Taddeo, prefecto de Roma, en una carroza toda dorada!

Y sin aguardar la respuesta, el gran pintor redobló el paso y desapareció detrás de aquellos sauces. Pousino se había admirado tanto de aquel encuentro que no se apercibió de su marcha. Cuando volvió en sí de aquella especie de desvanecimiento, la voz del anciano maestro resonaba todavía en sus oídos, y le inspiraba ideas tan sombrías que corrió á su cuadro para hacerle pedazos. Por fortuna, en el momento en que se aproximaba como un frenético al caballete, la hija de su huésped, Ana María, que había sido su enfermera, le contuvo por el brazo, y le hizo oír con su voz sencilla y religiosa tan dulces palabras que la frente del Pousino se iluminó cual las colinas nebulosas de Albano. Ana María fué el ángel de su guarda, y su buena acción merecía recompensa. No la aguardó largo tiempo.

Cuando iba el Pousino á concluir su obra, un poco antes de anoecer, porque el sol de Roma se apaga ó mas bien cae de pronto en el mar, el cardenal Francisco Barberini que venia de Retino pasó por el puente de Lucano, el joven pintor francés que había sido protegido por María, le llamó la atención, y quiso ver su pintura, y á los moribundos rayos del sol le pareció encantadora. Inmediatamente le encargó un gran cuadro, la *Muerte de Germánico*, y le prometió su protección.

Francisco Barberini, pariente del papa Adriano VII, gobernaba en Roma como soberano. Al encargar un cuadro al Pousino, le ponía en el camino de la fama y de la fortuna.

Cuando el coche del cardenal desapareció entre una nube de polvo, el pintor religioso de los Sacramentos, dobló la rodilla y dió gracias á Dios: después, cogiendo de la mano á Ana María Dughet, que había nacido de una madre italiana y un padre francés, y era su medio compatriota:

—María, la dijo, tú has trabajado con una admirable abnegación á la cabecera de la cama cuando estaba enfermo, tú me has salvado la vida; el primer premio de la fortuna será para ti; lo que pobre y desgraciado jamás me hubiera

atrevido á hacer, ahora puedo hacerlo; al volver á casa pediré tu mano á tu padre.

Con esta relacion nos volvimos de Tivoli por el camino nuevo; digo nuevo con relacion á la antigua via que hay á tres mil cuarenta pasos. Cortado en el flanco de la montaña que lleva descendiendo por una cuesta bastante suave hasta el antiguo Tibur, este camino es caprichoso: tan pronto atravesábamos un bosque lleno de olivos, tan pronto dejábamos á nuestra derecha los prados de Virgilio, de suerte que á cada paso del camino se nos presentaba una vista de las mas singulares. A nuestra izquierda un antiguo sepulcro que lleva el nombre de templo *della Tose*, forma un ángulo con los planos de la villa del Salustio que toma el título de Tivoli. Pasamos cerca de la puerta de Santa Cruz, de donde el golpe de vista sobre el campo de Roma, es magnifico y fuimos rodando por un detestable empedrado, y callejuelas tortuosas hacia el hotel de la ciudad. La entrada no es mala ni las avenidas. Al poner el pie bajo la bóveda, uno de esos olores que arrojan los brócoli y el queso nos ofendió de tal manera, que en lugar de subir al salon como queria el huésped, dimos un paso atrás hacia un patiecito, á respirar el aire puro. La fonda está edificada en la cumbre de una roca, donde se hallaria acaso antes el templo y el castillo de Tiburtina, y el de Vesta, todavía rodeado de diez columnas con chapiteles y hojas de oliva. El templo de Vesta es de forma circular y de una arquitectura elegante. Entre el castillo y la altura Velina, hay una gran plataforma desde donde se ve el agua de roca en roca ir á Teburone mugiendo con cincuenta pies de altura.

Mientras que el cocinero arreglaba sus pollastri, nosotros tomamos por guia un mozo despierto y listo, y amigo de la antigüedad, porque llamaba con respeto á su chico *Escipion*, y bajamos al baño. Una plaza, construida por los franceses en 1810, conduce á la cascada de Tivoli. Allí se vuelve á ver el Tivoli: despues de una caída de cincuenta pies, se precipita bajo las rocas en aquel horrible abismo. El contraste de los rayos de luz atravesando por los arcos naturales cubiertos por las hojas de los árboles, hace aun mas admirable la masa de agua que cae con furor sobre puntas de roca en donde se estrella, y de donde salta en mil chispas circuyendo á los espectadores de su vaporoso polvo. Al subir por una senda rodeada de arbustos, de olivas y de césped y bajar en seguida las escaleras peligrosas y húmedas á medida que se aproxima el fondo del valle, se encuentra una esplanada. Figúrense nuestros lectores una caverna formada de rocas que están pendientes, llenas de agujeros, y donde el Tivoli se abisma con inmenso ruido, y desaparece por la tercera vez, como un sombrío subterráneo. Al ver la rapidez con que fué tragado un baston que llevaba uno de nuestros compañeros en la mano, retrocedimos involuntariamente, y nos salimos de comun acuerdo de aquel terrible lugar.

En Italia y en los Estados romanos, el guia inmediatamente que uno le ha dispensado su confianza, le considera á uno como una propiedad. El nuestro, no queriendo faltar á la costumbre, nos siguió á la mesa para no abandonarnos, y cuando vinieron los postres, trasformándose en mercader, se llegó á ofrecernos petrificaciones minerales, medallas, y hasta hierro viejo enterrado en los valles de Mesina. Estas antigüedades no nos sedujeron.

—Veo, nos dijo, con confianza que vds. prefieren á las antigüedades los objetos históricos: puedo ofrecerles los estribos de Garibaldi.

—Por aqui pasó en efecto el año 1849, dije yo.

—¿Cuánto cuestan esos estribos? preguntó un inglés que estaba allí.

—Veinte y cinco duros, milord.

—Veinte y cinco cuartos, interrumpí yo sin querer.

El padre de Escipion me lanzó una mirada suplicante, y vendió sus estribos pagando uno á uno veinte duros que pedia; pero despues me ofreció la caja de tabaco de Cicero-Vachio.

—Gracias, le dije yo.

Despues salimos á ver las cascadas del Tivoli. El camino es un rodeo entero del Sur á Norte. Al primer recodo hay una situacion encantadora, porque se perciben á la izquierda la ciudad y el bosque, á la derecha la prolongacion del bosque, á los pies la salida del Tivoli al mar, y en el fondo de la corriente se encuentran las ruinas de la ciudad de Cátulo. Están cubiertas por una verde cortina de mirto, de la que arranqué una hoja que conservo con cuidado en mi cartera.

Imposible es imaginarse nada mas hermoso que estas cascadas. Son unas rocas inmensas entapizadas de verdura, de musgo, y coronadas de ruinas, y aparecen cayendo de mas de cien pies de altura, cinco cascadas claras y puras como cadenas de perlas. Es la última caída del Tivoli, que aumenta sus aguas allí con un manantial de una admirable limpidez, y se llama el agua de oro, *acqua auri*. Nos apresuramos á llegar á sus orillas. Apenas nos habíamos sentado bajo las verdes encinas que dan sombra, cuando una hermosa aldeana vestida de dia de fiesta, vino á ofrecernos sus flores.

—Cómprelas vd., me dijo bajo el guia, es una buena obra, la Madona se lo premiará.

—¿Por qué?

—Marucha, diminutivo romano de María, está comprometida con un excelente mozo, y no pueden casarse por no tener dinero.

—¿De veras?

—Per Baco.

—Pues bien, dijo el jóven compatriota del Pousino que acababa de dibujar las vistas de las cascadas, que María Paziuli, se ponga por modelo algunos instantes, y trataremos de darle...

—¿Una grossa suma? murmuró el guia meneando la cabeza.

—Diez escudos.

—Pero señor...

Hecho el retrato, abandonamos el Tivoli, y vimos á Marucha que habiendo llegado la hora de comer nos aguardaba abajo de la antigua via Tiburtina, inmutable con su piso de lava que los pies de diez generaciones han pulimentado sin poder desgastarla. Desde allí tomamos el camino para volvernos á Roma.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

PAULINA.

I.

HORA DE INSPIRACION.

Acababa de ocultarse el sol, y una encantadora noche sucedía á un día delicioso. Hacia Occidente, el cielo teñido de los mas ricos colores, la púrpura, el oro y el ópalo se confundían en armonioso conjunto: un dorado vapor flotaba sobre los campos, y las espigas, verdes aun, encorvaban sus cabezas al soplo de una tibia y ligera brisa. La luna oponía á este esplendor su luz pálida y religiosa, y brillaba sobre el pequeño campanario del pobre pueblo de Garnaches, en la Picardía, reflejando su blanca faz en las aguas de la Brele, que murmuraban por lo vivas entre los guijos. Las madre selvas no habían perdido aun todas las flores, y esparcían el perfume del almendro: los pájaros en sus nidos hacían oír sus cantos entre el mugido de los bueyes que marchaban al establo, y entre el cacareo de los gallos que se respondían de alquería en alquería. En los campos no se veía mas que labradores que volvían con lentitud, sin apresurar el caballo que arrastraba el arado, ó el rastrillo vuelto: y en el camino que separaba una granja del pueblo, á una joven, sola, con la seguridad y confianza de los campos. No era una campesina, porque llevaba con gracia su vestido de indiana, un sombrero de paja, adornado de terciopelo verde; no era tampoco la castellana de algun castillo próximo, pues que llevaba en el brazo un cesto bastante pesado, lleno de frutos recién cogidos, y en el cual la fresa, la grosella y la frambuesa se mezclaban de tal modo, que encantaría á un pintor y desesperaría á una dueña de casa. A pesar del cesto, andaba con ligereza, con armonía, y pareciendo más bien que gozaba de la belleza de la atmósfera y del encanto de la noche; su conmoción se adivinaba por una melodía, que asomaba en sus labios, y hacía brillar sus ojos.

Todos la conocían; los campesinos al pasar por su lado, se quitaban los gorros y decían: «Buenas noches, señorita Paulina.» Un anciano pastor, pensativo y triste, como la mayor parte de sus compañeros, y que guardaba su rebaño en el ángulo de un prado, viendo que Paulina se detenía para escuchar á un ruiseñor que empezaba su cántico, la dijo:

—Señorita Paulina, escuchad con atención, pues nunca repite su canción.

Sonrióse la joven, y continuó su camino escuchando aun al maravilloso cantor. Al entrar en el pueblo, saludó á las buenas gentes que tomaban el fresco en las puertas de sus casas, y se detuvo en la plaza ante una pequeña casita que hubieran admirado un viagero, un artista, un poeta.

Separada de la calle por una espesa y florida cerca y mas allá de la cual se extendía un parterre, que era un

verdadero campo de rosas y resedas, la casa blanca, con persianas verdes, se levantaba limpia, modesta, casi coqueta, enteramente oculta por una parra, que formaba alrededor de cada ventana un gracioso cuadro de frutos y de follaje; las clemátidas y los jazmines se deslizaban entre los tortuosos pámpanos, y penetraban por las ventanas del piso bajo, como una visita de amigos; otras flores mas estimadas, mas cuidadas, el geraneo, el cactus, el heliόtropo, estaban colocadas en una pequeña escalinata, y la estatua de la santa Virgen desaparecía insensiblemente bajo un ramillete de blancas flores. Mas allá de la casa se extendían algunos campos bien cultivados, y un hermoso jardín, que



Paulina en París.—Sueños de gloria.

dependían al parecer de la habitación. La joven abrió una puerta, subió la escalera saltando, y dijo con voz alegre:

—¿Estais ahí, mamá?

—Sí, que estoy, aturdida; ¿y dónde habeis estado hasta tan tarde? respondió una voz amigable y regañona.

La joven abrió otra puerta, y se encontró en un patio

en el cual una muger de edad madura, bien vestida, daba de comer á una infinidad de pichones blancos.

—He tardado, mas perdonadme, mamá; estaba tan hermosa la noche.... ¡Es tan hermosa la postura del sol!....

—Muy bien, muy bien. ¿Y las grosellas?

—Tranquilizaos; la prima Amelot puso su jardin á mi disposicion, y le he saqueado como un muchacho.... Mira, mamá.

—¡Dios mio, es posible, qué mezcla, qué galimatías!

—¿Pero cuál, mamá?

—¿Pues no ves? las fresas, las grosellas, las frambuesas, todo está mezclado, tu cesto es la corte del rey Petand; ¿en qué estabas pensando?

Paulina se ruborizó.

—¿Pero en qué pensabas? repitió la madre, ¿qué hacia la prima Amelot mientras que tú hacías tan magnífica obra?

—Estaba dando de comer á los criados de la alquería; yo estaba sola.... Mamá, no te enfades, mientras cogía las frutas estaba pensando en los versos....

—Buen asunto! estos libros te trastornan....

—No tengas cuidado, mamá. ¿Vas á arrojar estas frutas? Pero escucha.... he hecho unos versos por lo contenta que estaba.

La musa campesina dijo sus versos con tono conmovido, y no tenia por trípode mas que el banco del jardin; su mano, en vez del laurel de oro de los poetas, no tenia mas que frutas que recordaban elocuentemente los helados y las confituras; sin embargo, sin aparato, ni público, estaba encantadora de entusiasmo y de candor. Su madre la escuchaba con orgullo, y comprendiendo mas con el corazón que con la cabeza, y sintiendo desarmar su prudencia por el poderoso atractivo de los dones exteriores, que tan raramente son prendas de fortaleza y de felicidad. Desgraciadamente nadie podía ilustrarla. Hacia ya bastante tiempo que era viuda. Santiago Merlin, su esposo, y padre de Paulina, había disfrutado, aunque no estemos en tiempos de privilegios, los empleos de intendente del palacio de Garnaches, y el de profesor del partido: además explotaba algunos campos, que constituían parte de la dote de la muger; y gracias á la inteligencia y actividad del matrimonio, se aumentó su fortuna, y adquirieron eso, que es su pérfuo en los pueblos, y lo que apenas es lo estrictamente necesario en las grandes poblaciones. A medida que crecía su hija, Merlin, que se había dedicado hasta entonces á la interpretacion de las leyes y las disposiciones del prefecto, á la explicacion del alfabeto y de la tabla de Pitágoras, al estudio de los terrenos, de las simientes, y las composiciones, conoció que se despertaba en él su antiguo ardor. Había estudiado algun tanto, había amado las letras, y viendo en Paulina afición á las letras y disposicion natural, la entregó su pequeña biblioteca. Encontró Paulina un Racine, algunos volúmenes incompletos de Corneille, y algunos ensayos de literatura, una Abeja del Parnaso, dos ó tres elegías de Millevoye: no necesitó mas. Buscó en sus gramáticas las reglas de la poesía, y desde entonces Paulina fué poeta; se embriagó á su gusto de poesía y ambrosía, de ilusiones y ambiciones, guardando en un rincon de su corazón la piedad, en otro de su espíritu un resto de buen sentido, guía mas seguro para la vida que los sueños mas poéticos, aunque hubiese tenido para vestirlos la pluma de Corina ó de Mad. Stael.

II.

LA TERTULIA EN LA QUINTA.

A los diez y siete años un alma conmovida por el soplo poético, tiene cada día su emocion, cada tarde su estrofa ó su romance. El cuaderno en que Paulina consignaba sus obras crecía mas y mas, y su poesía se aumentaba cada día: ¡hay tanto que decir cuando se mira al campo con ojos jóvenes y joven corazón! Una fresca aurora un ardiente sol de Mediodía, una gota de rocío, el iris en miniatura, la lluvia suspendida de los árboles, una amapola purpúrea en medio del ondulante mar de espigas que domina, las armonías sagradas de la oracion, una leyenda oída la víspera, un movimiento piadoso sentido junto al altar de María, todo tenia su descripcion, su balada, sus cánticos. La vida de Paulina se hallaba escrita toda entera en las emborronadas páginas de su coleccion. Poco á poco alguna indiscrecion, de que su amor propio es indulgente cómplice, revelaron sus talentos á los que la rodeaban. El buen anciano cura párroco vino á pedirle un cántico, que el organista puso en música, y fué cantado con gran pompa el día de la Visitacion. Sabido el hecho, la noticia se esparció y aun sirvió de conversacion en la quinta. Como los concurrentes se fastidiaban con bastante frecuencia, para distraerse echaban mano de cualquier cosa. Quisieron por consecuencia conocer á Paulina. Dieron algunos avances y algunos cumplidos, que fueron acogidos con alegría, y la joven invitada, así como su madre, á hacer la tertulia en la quinta, aceptó llena de satisfaccion y de orgullo. Mad. de Merlin sacó de su cómoda sus mejores adornos: vestido de gró, papalina de encaje guarnecida de cintas y una cadena sosteniendo una cruz de oro con diamantes. Paulina se contentó con un vestido de muselina blanca, y arregló con mas esmero que de costumbre sus hermosos cabellos negros que cuadraban con gracia á su rostro dulce y expresivo mas que bonito. Fueron muy bien recibidas por la señora de la quinta, Mad. de Carrieres, que había venido una temporada al campo con su marido, su hija mayor, y su yerno que llevaba la menor de sus niñas.

Paulina se encontró muy bien en medio de aquella concurrencia en tanto que recibía las esmeradas lisonjas de cariño y de amistad: le gustó la conversacion: se hablaba de París, de sus monumentos, de sus museos, de sus obras maestras de arte, de aquella ciudad animada donde todos los días se daba un nuevo tributo al pensamiento: se habló de algunas mugeres autoras que han llegado á formarse una gran reputacion: citaban sus escritos, elogiaban sus talentos y cuando en fin, se rogó á Paulina leyese algunos versos, se sintió muy conmovida y cortada y leyó una oda á la Virgen santísima que fué muy aplaudida.

—Si no temiera cansaros y molestaros mas, dijo la señora de Carrieres, me atrevería á pedirlos.... que nos dejaseis aprovechar de tan buena fortuna, recitándonos algunos versos mas.

Paulina miró á su madre.

—¿Pues bien! recita aquellos versos que has hecho.

Recitó unos versos fáciles, pero incorrectos, hechos al campo, llenos de imágenes y lugares comunes, pero que fueron aplaudidos mucho por las mugeres.

Luisa pidió por favor que la escribiese unos versos para su album. Albertina, la hija mayor, solicitó un romance que su marido se encargó de poner en música: la señora de Carrires repitió muchas veces:

—Pero vd. no debe quedarse en Garnaches; París es un cementerio, allí se perfeccionará vd., allí encontrará vd. simpatías, lectores y un editor: piénselo vd. bien, hija mía.

Toda la familia, satisfecha de haber encontrado un motivo de distracción, repitió en todos los tonos aquellos versos de Lafontaine:

«Los desiertos no están hechos para el talento y la felicidad: venid á las ciudades á mostrar vuestras maravillas.»

Y Paulina, menos prudente que Filomena, se despidió de sus huéspedes con la cabeza llena de sueños, de ambiciosos deseos, de disgusto para lo presente, y de quiméricas aspiraciones para el porvenir.

III.

EL INVIERNO.

Continuaron estas relaciones: Paulina pasó una parte del otoño con sus nuevos amigos, con sus alabanzas, encantada con sus amables atenciones, pensando en París como en la gloria, con los cumplidos graciosos y las seguridades que la habían dado de protección y de amistad.

Cuando hacía la mitad de octubre la familia de Carrires se marchó, Paulina encontró un gran vacío en sus días, pero bien pronto preocupó su imaginación una idea tan fija, que vino á suplir para ella la sociedad que había perdido. No tenía mas que una ocupación: los trabajos poéticos; un deseo: París; un objeto, la gloria literaria. Abandonaba sus flores, su costura y demas cuidados de la casa, y pasaba largas horas encerrada en su cuarto, escribiendo bajo la influencia de una inspiración fecunda, ó corrigiendo con mano severa las estrofas de la víspera, ó estudiando con afición algunas obras de poesía que sus amigos de la quinta la habían prestado. No pudo ocultarse largo tiempo á los interesados ojos de su madre la preocupación que le absorbía; pero cuando la pobre señora de Merlin supo cuál era el secreto deseo que alimentaba su hija, retrocedió espantada. Nunca había salido de su aldea: amaba á sus amigos que la devolvían su afecto; allí se hallaba rodeada de antiguos recuerdos, de antiguas afecciones; allí encontraba consideración y amistad, é intuitivamente adivinaba que en París no hallaría mas que indiferencia y estrechez. Desechó los deseos de Paulina. Entonces la joven, contrariada en lo que llamaba su destino, se entregó con todo su corazón á una de aquellas penas que por ridículas no son menos reales. Todo parecía estar acorde para aumentar su melancolía. La naturaleza se fundía en agua, un cielo oscuro y nebuloso desprendía una lluvia continua, que cambiaba las praderas en lagos, los caminos en arroyos, y extendía sobre el campo un velo uniforme de tristeza y de tedio. Las últimas hojas de los árboles caían con aquel diluvio, y Paulina, puesta de codos tristemente en su ventana, las veía volar en ligeros torbellinos, contemplaba las gotas que resonaban al caer en los charcos del jardín, y pensaba en el París lejano que veía hermoso, brillante, animado, lleno de encantos para el talento, de seducción

para los ojos y simpatías para el entendimiento. ¡Con qué desden miraba entonces aquel campo que en otro tiempo hallaba tan encantador: aquellas excelentes gentes que había amado; pero que *no la comprendían*, y hasta á aquella casa en donde había nacido, que durante diez y seis años había parecido tan amable á sus ojos, y que ahora hubiera trocado con alegría por una bohardilla de la calle de San Dionisio! Poco á poco estas ideas de tristeza, de espleen, alteraron la salud de Paulina hasta el extremo: palideció, no comió, se vió frecuentemente á la cabecera de la cama visitada por la calentura.

La pobre madre no pudo resistir mas. Un día vino á sentarse cerca de su hija, que parecía mas triste de lo ordinario, y la dijo:

—¿Deseas vivamente ir á París?

—Sí, mamá.

—¿Te fastidias aquí?

—Me muero de tristeza.

—Pues bien, iremos, te lo prometo.

—¿Es posible, mamá? ¿De veras?

—¡Cuando te lo digo!

—Tenemos un año ahorrado, que son mil francos: algo se puede hacer con esto.

—Ademas, mamá, tenemos amigos; ¡Albertina y Lucía se alegrarán tanto de volvernos á ver! ¡Y la señora Carrires!...

—Serán buenos protectores.

—¡Oh, protectores! Espero no tener necesidad de ellos: ¡amigos, enhorabuena! Pero mamá ¿cuándo nos marcharemos?

—Necesito quince días para hacer los preparativos, y para hacer las visitas de despedida. Nos marcharemos del 15 al 20 de febrero.

Tomada esta resolución, bien pronto se supo y fué el objeto de las conversaciones.

El consejo de los ancianos, representado por los viejos labradores y el escribano, auguraban mal de aquella partida: el cura, hombre de experiencia y luces, representó vivamente á la señora Merlin las desgracias que podían seguir á su determinación: su primo Amelot, hablando como de costumbre por medio de refranes, se contentó con repetir: *pedra que muele no cria moho; mas vale un tengo que dos te darán*; y la prima Amelot, apretando la mano de su anciana amiga, la dijo suspirando:

—Me alegro de que mi muchacho no haya visto á vuestra hija; se hubiera encontrado que Paulina no le hubiera querido... En fin, ¡hágase la voluntad de Dios!

Así hablaban, y como se ve, los presagios no eran muy favorables.

IV.

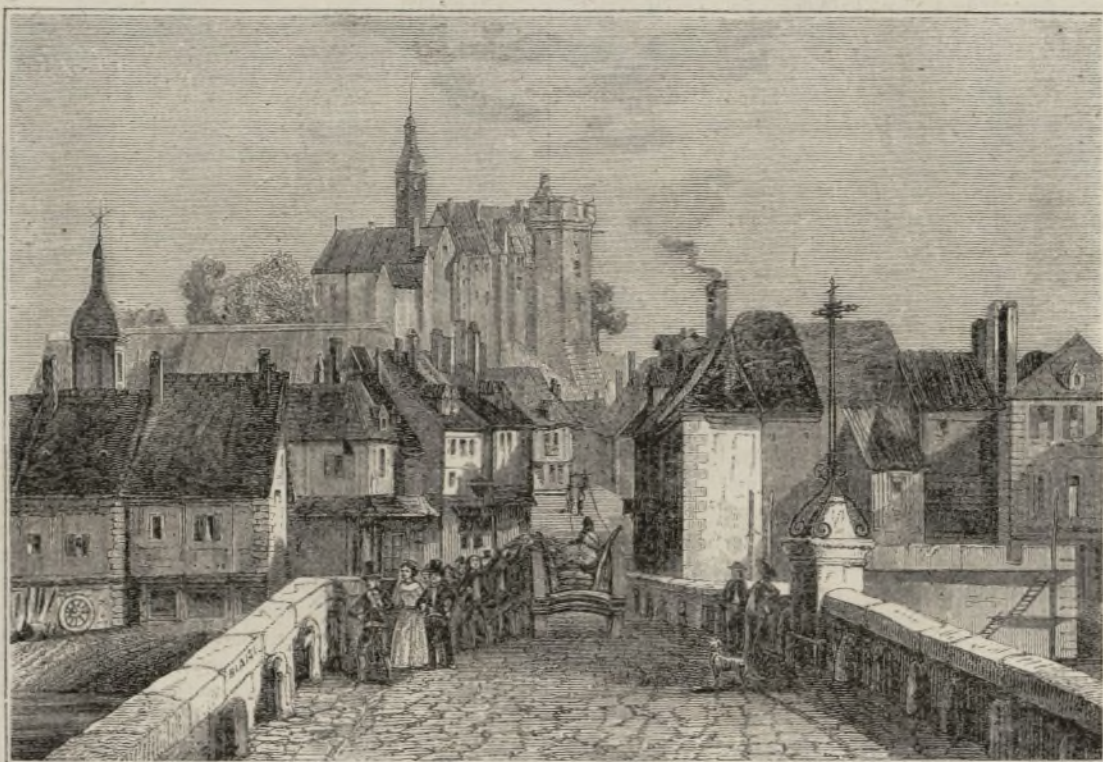
PARÍS.

Al decidirse la señora de Merlin á dejar su pacífica aldea por París, la gran ciudad, había consultado mas al corazón que á la razón: se ilusionaba creyendo que obraba según su deseo, pero sufría en el fondo toda la violencia de la ternura maternal, y toda la influencia que ejercían sobre ella, sin saberlo, los talentos de su hija y los elogios de que había sido objeto. Madre débil y tierna, se había conver-

tido en una madre idólatra y apasionada, viendo despuntar en su hija esa manifesta superioridad, á la que voluntariamente tributaba homenaje. Desde el día en que Paulina fué admitida en la quinta con estrecha amistad, y favorecida por sus elogios, pareció establecerse cierta igualdad entre ella y aquellas nobles, altivas y elegantes señoras: desde aquel día se cambiaron los papeles entre la madre y la hija: Paulina reinó, y su madre se sometió: Paulina quedó armada con el doble poder de la educación y de la inteligencia, y sin quererlo y sin saberlo, oprimió á una madre que no vivía sino para ella, y sin embargo, engañada con escusas sofisticas, la jóven no creía hacer nada para su fortuna y reputación, sino para proporcionar á su madre la felicidad, con un bienestar desconocido hasta en-

la ventana y miró en derredor de sí... La casa era mas triste todavía: un cuarto en la fonda, alojamiento vulgar de que todo el mundo participa, ha reemplazado á su risueña habitación: no había fuego en la chimenea ni preparativos de desayuno á su alrededor. Paulina echó de menos tristemente las ollas de Egipto, la manteca amarilla, el café y la buena leche que en Gamaches encontraba preparados todos los días. La señora Merlin, que conocía mas vivamente estas privaciones, no se quejó: hicieron traer del café inmediato un desayuno caro y miserable, y se vistieron.

Eran las doce del día, cuando palpitante el corazón llamaron en la casa de la señora de Carrieres, y abrieron la puerta... Las ventanas de la casa que daban al patio, es-



Era una boda sencilla pero alegre, en el pueblo inmediato.

tonces para ella. Querían verse mutuamente felices, y los dos se engañaban: la jóven poeta por demasiada confianza en sus fuerzas; la buena madre por demasiada debilidad en el ejercicio de su autoridad maternal.

A la siguiente mañana de su entrada en París, Paulina, que no había dormido, se levantó muy temprano aguijoneada con el imperioso deseo de vestirse para ir á casa de la señora de Carrieres. Aproximóse á la ventana; pero ¡ay! en lugar de ver el espléndido horizonte que descubriría la víspera todavía desde su cuarto en la aldea, no vió sino techos húmedos, chimeneas ennegrecidas y algun desgraciado pararrayos; un aire pesado é impregnado de vapores deletéreos llegaba á sus labios, al mismo tiempo que los distintos gritos de la calle destrozaban sus oídos: cerró

taban cerradas, y el portero, á las preguntas de Paulina respondió:

—El señor, la señora y la señorita están en Niza, porque el señor está malo. Pasarán la primavera en Greoulx, el verano en Suiza, y no volverán sino dentro de quince meses...

Cayeron estas palabras como plomo derretido sobre el corazón de Paulina; sin embargo, preguntó todavía:

—Y la señora de Hellin ¿está en París?

—¡Ah! ¿La señorita Albertina? Sí, está en París, calle de San Dionisio.

—Gracias, murmuró la jóven.

La puerta se cerró: Paulina se vió acometida de un temblor interior: miraba á la multitud que pasaba activa,

de prisa, con el ardimiento de una gran ciudad, sin fijarse en el forastero.

Su madre la cogió del brazo.

Paulina suspiró; contaba ya menos con la fortuna después del primer desengaño.

—Vamos á casa de Mad. Hellin, dijo su madre.

Llegaron á la calle de San Dionisio; Albertina habia salido.

Este dia se pasó tristemente.

A la mañana siguiente, á las dos, Albertina se hallaba visible; no pudo disimular su sorpresa viéndolas en París, y recibiendo en confianza los proyectos que les habian tra-

Quiso al dia siguiente dar un mentís á esta insolente proposicion, y armándose de valor, se fué á buscar á un editor famoso. Después de haber aguardado largo tiempo en el ante-despacho, muy adornado de bronce, mesas y curiosidades de China, logró, en fin, penetrar en el despacho del soberano editor de la república de las letras. Le presentó tímidamente sus manuscritos.

—¿Qué es esto?...

—Las oraciones, *Leyenda de las dos virgenes*, *A las orillas del Brela*, *Sueño de un niño*...

—Muy bien, poesías... Señorita, no compramos esto...,

—Caballero...



Paulina casada.—Felicidad doméstica.

do á París. Pero como el interés que les manifestase no fuese bastante vivo para vituperar su proyecto ó darles un consejo, se limitó á convidarlas á una pequeña tertulia, en la que Paulina encontraría algunas personas cuyo apoyo podría serle útil. La jóven se compuso lo mejor posible, preparó sus versos, y en efecto, durante una hora fué la diversion de una veintena de personas fastidiadas. Fueron aplaudidos sus versos; pero tuvo el sentimiento de oír alrededor suyo.

—¡Pero hay tantos versos! Todo el mundo los hace; los libreros no los pagan.

SEGUNDA SERIE.—1856.

—¡Qué quiere vd! Esto no se vende: estamos en un siglo de plata.

Lo siento mucho.

Paulina no insistió, salió, y dijo á la señora de Merlin:

—Tendremos fortuna en otro lado, mamá. Yo iré á esas mugeres que han adquirido celebridad... No desdeñarán tenderme su mano.

En efecto, Paulina en el mismo dia comenzó su expedicion de visitas. Fuerte con su voluntad, con su candor, se dirigió á algunas de esas mugeres cuyos nombres célebres forman la corona poética de la Francia, les manifestó

AÑO XIV. 20.

con franca simpatía su admiración, y no las ocultó que alimentaba esperanzas de que la protegiesen. Pero nuevos desengaños: aquellas liras no daban mas que tristes sonidos: los sufrimientos, los pesares, las desgracias domésticas parecían también albergarse en el dulce hogar de las musas. Paulina oyó por todas partes las mismas quejas: la poesía ha muerto: los dioses se van. Le citaban con tono lastimero el nombre de Mad. Dupuy, que había muerto en la miseria después de haber pasado toda su vida luchando con ella. Aquellas sibilas no tenían para Paulina mas que palabras de desaliento.

—Si, hija mia, la dijo una, ¿qué habeis venido á hacer á París? Aquí gastareis vuestra fortuna.

—Aquí dejareis vuestra belleza, la decia otra.

—Aquí perdereis la paz del alma, sin conseguir otra cosa.

Paulina volvió casi desanimada. Al entrar en la fonda con su madre, ésta la dijo:

—Hace quince días que estamos en París; adivina cuánto hemos gastado.

—No sé.

—Ciento cincuenta francos sin los gastos de viaje, á pesar de lo mal que hemos vivido.

—¿Y qué?

—Que esto es escusivo; tomaremos un cuartito mas reducido y yo haré de cocinera.

Así se hizo. Alquilaron un cuartito miserable, compraron algunos muebles, y los mil francos de aborro sufrieron una gran brecha; bien que Paulina esperaba antes de poco restituir con creces esta suma á su caja, publicando sus poesías por suscripción.

Se dirigió á la señora de Hellin que la escuchó con bastante indiferencia; pero que apenas pronunció la palabra fatal de *suscripción*, cuando abrió grandes ojos y exclamó:

—Querida, imposible! Estamos inundados de suscripciones de poesías y de ingeniosas invenciones de todo género, que se reducen á que demos dinero á favor de un merito desconocido ó de una miseria ignorada. Mirad, mirad, aquí teneis una almohadilla: *suscripción para inválidos; loteria en favor de la caridad maternal; suscripción para una pobre artista; asociacion para la inclusa, para los huérfanos.....* Ya veis, estamos agobiados de limosnas, de pobres y mas pobres.... Y todos nuestros amigos están en el mismo caso: ¿y dónde encontrareis suscritores? Apenas yo misma que os conozco y os quiero mucho, podría ponerme en la lista. ¿Qué harán los demás?

No quedaba á Paulina mas que un solo camino; hacer imprimir sus obras: empresa peligrosa en la que con escasa esperanza esponia su crédito, su reposo y su fortuna. Pero estaba echada la suerte; su ciego orgullo la impulsó á aventurarlo todo, persiguiendo su contraria suerte. Un librero pidió seiscientos francos por la impresion de un tomo, comprometiéndose, gracias á sus relaciones con los periodistas, á que no faltase la obra ni el recurso de la recomendación. Con estos seiscientos francos se acababan las economías. Podían obtenerse fácilmente, pidiéndoselos adelantado á los que tenían sus tierras arrendadas. Vaciló algun tiempo en hacer esto la señora de Merlin; mas la fé que tenía en el especial talento de su hija la decidió á escribir á sus arrendadores de Gamaches.

V.

LA VISITA.

Aguardaron mucho tiempo la respuesta. Paulina trataba de distraerse mientras tanto, trabajando; miraba con la mayor severidad sus primeros ensayos, y con la mas perfecta imparcialidad corregia sus poesías mejorando su estilo. Una mañana oyó llamar á la puerta de la casa. Grande fué su sorpresa, porque el que se la presentaba era nada menos que el primo Amelot, el arrendador de Gamaches. Estaba vestido como los domingos y llevaba un cesto cuidadosamente cubierto.

—Buenos dias, Paulina, la dijo abrazándola.

No fué menor la sorpresa de la señora Merlin que la de su hija. El anciano Labrador se sentó tranquilamente y dijo:

—Somos primos y no he querido dejar á París sin veros.

—¿Pero cómo es que estais en París?

—El Brela ha salido de madre, respondió el primo; los propietarios no han querido concederme indemnización y me he quejado al Consejo de Estado: mas vale hablar con Dios que con los santos. Obtener justicia trae dilaciones; pero quien tiene tierra tiene guerra.

—¿Y tu muger, y José y los amigos? exclamó la señora Merlin.

—Todos tan guapos. Gerardo, vuestro arrendador, me ha entregado esta carta para tí y este saco de escudos; estendedme el recibo. Cuenta y razon sustentan amistad. Mi muger os envia esta cesta de manzanas; son las últimas que han quedado; y dice que penseis en ella: no se la puede decir á mi muger lo de *á muertos y á idos, no hay amigos*. José es un inocentón que trabaja perfectamente; no falta un momento de la granja: el ojo del amo engorda el caballo.... y con esto, adios, que tengo prisa. Espero que nos volvamos á ver en la aldea. Adios, prima; adios, Paulina; cuando volvais sereis bien recibidas: para las ocasiones se necesitan los amigos; adios.

El sentencioso Labrador las dejó. Paulina se quedó entristecida conociendo que la ambición la alejaba de sus amigos, y porque comenzaba á comprender la verdad de la espresion de Dickens, de cuán difícil es encontrar entre la multitud un rostro amigo.

—Aquí tenemos los seiscientos francos, ¿qué aguardamos para publicar tu obra?

Animada por un sentimiento de vanidad, Paulina desechó sus recuerdos de la víspera y los obstáculos que presentaba su empresa literaria. Se publicó al fin el tomo; algunos diarios lo anunciaron en su cuarta página, entre la Pasta de Régnault y Jarabe de cidra; pero ni una cita en los folletines. Algunos amigos de Albertina, estimulados por ella, compraron alguna media docena de ejemplares; el resto se arrinconó en los estantes, destinándolos á la venta por las calles, ese grande osario de la literatura contemporánea. El nombre de Paulina Merlin quedó ignorado, y la fama no hizo resonar sus trompetas sonoras. Nadie, pues, se ocupó de ella, y el mundo desconoció los sacrificios que costaba aquella desgraciada tentativa. Durante dos ó tres meses vivió de esperanzas, aguardando todos los días los inexorables folletines que permanecían mudos, deseando, cual se desearia la vida, una palabra de